

Que en el mar espumoso concitada  
La furia de encontrados elementos,  
Cuando turban la luz, el cielo ocultan,  
Confunden la region y el sol sepultan  
Espiritus del austro, no amenazan  
Con tanto horror, con tan airado ceño,  
Funesto fin al naufragante leño,  
Como Aurora (si cabe por ventura  
Esta comparacion en su hermosura)  
Publicó furias, repitió rigores,  
Juzgando ofensas tuyas tus favores,  
Vuelos volcanes de iras y de agravios  
Los que eran de coral hermosos labios,  
Noches de espanto y Etnas de centellas  
Las que eran más que el sol claras es-

Tal la vi al fin (perdona el desengaño,  
Pues como ofende al gusto, evita el da-  
ño)  
Que yo he juzgado que tu pecho amante  
Bate con cera muros de diamante.

REY.  
¿Cómo, Filipo, basta el sufrimiento,  
Siendo tanto mi amor, á mi tormento?  
¿Cómo puedo vivir si á mis sentidos  
Tanto veneno das por los oídos?  
No es posible, Filipo; la paciencia  
Me falta; no, no tengo resistencia  
Contra mi mismo: sujetarme veo  
Del imperio tirano del deseo.  
¿Qué importa la corona, qué la vida,  
No siendo Aurora de mi amor vencida?  
Todo lo he de arriesgar por obligalla,  
Todo lo he de perder por alcanzalla.

FILIPO. [vidas,  
¿Qué es esto? ¿Así, señor, de ti te ol-  
vidas? Así excedes de ti, que así antepones  
La ejecucion de ilicitas pasiones  
A tantas esperanzas concebidas  
De tu prudencia, tu valor y seso, [peso  
Cuando ha impuesto Sicilia el grave  
Deste reino en tus hombros solamente  
Por juzgarte filósofo prudente?

REY.  
Ya no lo soy, Filipo, si lo he sido;  
Otro soy del que fui, porque he perdido  
El ser y el alma, pues por ella agora  
Solo me informo del amor de Aurora.  
La ciencia filosófica, el prudente  
Discurso y el valor de los humanos  
No evita los destinos soberanos,  
No de los dioses el poder desmiente.  
Amor es Dios, la mano suya ha sido  
La flecha, Aurora, que mi pecho ha he-

rido;  
Pues en mi rendimiento ¿qué te admira,  
Donde es deidad la mano que me tira,  
Y porque del remedio desespero,  
Deidad tambien la flecha que me hiere?

FILIPO. (Ap.)  
Resuelto está en mi daño.

REY.  
El seso pierdo,  
Nada puedo conmigo; que en un loco,  
La ciencia y el valor importan poco.

FILIPO.  
Gran señor, no está lejos de su acuerdo  
El loco que conoce su locura.  
Procura divertir tu mal, procura  
Templarte; que al principio el acciden-  
te obedece al remedio fácilmente. [te  
Y si juzgas difícil la victoria,  
En la dificultad está la gloria;  
Que en lo que el mismo caso facilita,  
Ni se muestra el valor ni se acredita.  
Remediostraza, ocupa el pensamiento,  
Divierte la memoria, que al tormento  
Ministra la materia: otros amores  
Merezcan tus cuidados y favores.

¿Es sola Aurora? ¿En sola su belleza  
Extremó su pincel naturaleza?  
Muchas hay en Sicilia que á la hermosa  
Venus de Adónis tienen recelosa,  
Y las puedes amar sin el delito [tas,  
Que contra Aurora, tu sobrina, inten-  
Pues afrontas tu sangre si la afrontas.

REY.  
Eso todo es así, Filipo amigo;  
Mas no es así poderlo yo conmigo,  
Y más cuando celoso considero [pero,  
Que otro merece el bien que yo no es-

FILIPO.  
¿Otro! ¿Cómo, señor?

REY.  
Su hermosa mano,  
Della admitido, espera Policiano.

FILIPO. (Ap.)  
¿Ay de mí!

REY.  
Y ya la hubiera conseguido,  
A no haberlo mis celos impedido.

FILIPO.  
Bien has hecho, señor; no lo consentas;  
Nadie merezca lo que tú no alcanzas;  
Baste que el mal, enamorado, sientas  
De no poder lograr tus esperanzas,  
Sin que celoso te dupliques penas,  
Viendo tambien logradas las ajenas.  
Desdichado se llora el que no alcanza;  
Mas su tormento alivia la esperanza  
De ver al fin premiada su querella; [lla;  
Que no alcanzar la gloria no es perde-  
Mas quiensu prenda ve en poder ajeno,  
Ese pérdida llora, ese el veneno  
Mortal traslada al corazon, del labio:  
Desdicha es no alcanzar, perder agra-

vió;  
Y quien llora perdido el bien que adora,  
Agravios ese, y no desdichas, llora.  
El sentimiento de no ser querido  
Puede morir á manos del olvido;  
Mas el agravio de perder la gloria  
Auesta con la vida en la memoria;  
Y así, aunque resolvieses no querella,  
Para olvidalla importa no perdella.

REY.  
Resuelto estoy: no gastes persuasiones  
En lo que te aseguran mis pasiones;  
Que el curso arrebatado y la violencia  
Con que el celoso amor me precipita,  
No de nuevos impulsos necesita.  
Vuelve á mi bien, Filipo, y demis males  
Le presenta evidencias, no señales:  
Por dicha mis tormentos repetidos  
Hallarán más piadosos sus oídos.  
Procura persuadilla, y para vella  
Alcázame licencia; que sin ella  
El amor ciego que mi pecho anima,  
Teme el rigor cuanto el favor estima.

FILIPO.  
Yo parto, gran señor, á obedecerte  
Y asegurar el fin á tus pasiones.  
¿Dichoso si en mi lengua las razones  
Tuvieran, cuando así obligar me veo,  
Las fuerzas que en mi pecho mi deseo!

REY.  
¿Quién sino vos, cuya real persona  
Quilates de valor, luz de nobleza,  
Rayos de ciencia añade á la corona  
Que dignamente os ciñe la cabeza,  
Sabe premiar servicios, si á premiarlos  
Es bastante en un rey el confesarlos?  
¿Quién como vos remediará mis males,  
Si en mi, para que dellos el olvido  
Llegue á borrar las últimas señales,  
Es bastante el haberlo prometido;  
Pues en quien puede como vos no pesa  
El mismo efeto más que la promesa?  
Y ¿á quién abrieran mis quejosos labios  
Las secretas prisiones en que el pecho  
Vergonzoso ocultaba los agravios

## ESCENA II.

EL REY.

Si es efeto el amar de las estrellas,  
En que no tiene parte el albedrio,  
Pedir que os inclinéis es desvario,  
Aurora, á lo que no os inclinan ellas.  
Mas ya que de mi incendio á las cen-  
tellas  
Ardientes vuestro pecho esté tan frio,

Que no podáis sentir el dolor mio,  
Queréd sentir al menos mis querellas,  
Nunca, Aurora, en amantes mal pa-

gados,  
Que á fuerza de los hados han querido,  
Vi que la libre voluntad no enferme.  
Yo solo, á no quereros por mis hados,  
Os quisiera querer aborrecido; [me!  
¿Por qué queréis, querida, aborrecer-

## ESCENA III.

DIANA Y ELISA, con mantos, por otra parte. — EL REY.

DIANA.  
Vanos consejos me ofreces:  
Detenerme es por demas.

ELISA.  
¿Tan ciega, señora, estás,  
Que contra ti te enfureces?  
¿Qué ha de sentir de tu honor,  
Viendo que tanto lo sientes?

DIANA.  
De los dos inconvenientes,  
Vengo á tener por menor  
El arriesgar mi opinion,  
Que perder á Policiano.

ELISA.  
Donde reina amor tirano  
Es esclava la razon.  
Aqui está el Rey.

DIANA.  
Llego pues,  
Que en estar solo parece  
Que el cielo me favorece.  
Dadle, gran señor, los piés  
A Diana.

REY.  
Alza del suelo.  
No agravies la estimacion  
Que debo á tu perfeccion,  
De que es imagen el cielo.  
¿Qué exceso es este, Diana?

DIANA.  
Es exceso de mi suerte,  
Que hasta en negarme la muerte  
Quiere mostrarse inhumana,  
Pues la que vive agraviada,  
Solo en morir es dichosa.

REY.  
En viéndote tan hermosa,  
Te contemplé desdichada.  
Mas á tu pena importuna  
Término puedes poner,  
Si acaso tengo poder  
Para vencer tu fortuna;  
Que á tus deudos he debido  
La que gozo levantada.  
Pedir puedes confiada,  
Pues prometo agradecido.

DIANA.  
¿Quién sino vos, cuya real persona  
Quilates de valor, luz de nobleza,  
Rayos de ciencia añade á la corona  
Que dignamente os ciñe la cabeza,  
Sabe premiar servicios, si á premiarlos  
Es bastante en un rey el confesarlos?  
¿Quién como vos remediará mis males,  
Si en mi, para que dellos el olvido  
Llegue á borrar las últimas señales,  
Es bastante el haberlo prometido;  
Pues en quien puede como vos no pesa  
El mismo efeto más que la promesa?  
Y ¿á quién abrieran mis quejosos labios  
Las secretas prisiones en que el pecho  
Vergonzoso ocultaba los agravios

REY.  
¿Quién sino vos, cuya real persona  
Quilates de valor, luz de nobleza,  
Rayos de ciencia añade á la corona  
Que dignamente os ciñe la cabeza,  
Sabe premiar servicios, si á premiarlos  
Es bastante en un rey el confesarlos?  
¿Quién como vos remediará mis males,  
Si en mi, para que dellos el olvido  
Llegue á borrar las últimas señales,  
Es bastante el haberlo prometido;  
Pues en quien puede como vos no pesa  
El mismo efeto más que la promesa?  
Y ¿á quién abrieran mis quejosos labios  
Las secretas prisiones en que el pecho  
Vergonzoso ocultaba los agravios

DIANA.  
Tales favores  
Aun no me dejan sombras de temores.  
(Vase.)

Sala en casa de Dion.

## ESCENA IV.

RICARDO, TURPIN.

RICARDO.  
¿Qué dices! Dame esos brazos.

Que en mi opinion tan duro estrago han  
hecho.  
Sino á un rey que por noble y por dis-  
El remedio asegura y el secreto? [creto,  
Produzca pues tan justa confianza  
Efetos libres de temor, y el daño  
Pronuncie con que paga mi esperanza  
De Policiano el alevoso engaño,  
Que olvida acaso por desdicha mia  
Vuestro poder, cuando en el suyo fia.  
El lustro apenas de mi edad tercero  
Me concedió de la razon el uso,  
Cuando él, traidor, amante fisonjero,  
Cautelas fabricó, medios dispuso,  
Mostró finezas, que á cualquiere recato  
El nombre dieran con razon de ingrato.  
No se desmiente el cocodrilo tanto  
En voz humana y en llorosa vena,  
Como él con quejas, lágrimas y amores  
Solicitó engañoso mis favores.  
Y para dar el último combate,  
Sino á mi honestidad, á mi albedrio,  
Porque más mis rigores no dilate,  
Promete que ha de ser esposo mio.  
¿Oh necia la que da á la confianza  
Lo que puede negalle la mudanza!  
Al fin les negoció la diligencia  
Crédito á sus ficciones de verdades,  
Y el crédito en mi amor corresponden-

cia;  
¿Que si hay cómo obligar las voluntades,  
Es monstruo, no mujer, la que ha podido  
Ser esclava al amor, si lo ha creído.  
Pues teniéndole ya, ¿qué fortaleza  
Puede oprimir el encendido fuego?  
Porque el mismo peligro en que tropie-  
El amante no ve, se llama ciego: [za,  
Y así la fe de su promesa pudo  
Dar lengua en su favor al amor mudo.  
Declaréme su amante, y como dueño  
En público gozó correspondencias,  
Y menos el mayor, último empeño,  
En mi amor se atrevió á tantas licencias,  
Que se puede atrever tambien el labio  
Más recatado á murmurar mi agravio.  
Mi agravio pues os diga mi tormento,  
Publique sus traiciones su mudanza,  
Vuestras ofensas pruebe el loco intento  
De poner en Aurora su esperanza,  
Y todo junto, gran señor, os diga  
A lo que, siendo rey, todo os obliga.

REY.  
¿Fe de esposo te dió?  
Mi verdad de testigos...

REY.  
No, Diana;  
Pues no con causa y ocasion liviana,  
Arriesgando su fama, á excesos tales  
Se arrojan las mujeres principales.  
Vete, Diana, vete: no te vea  
Quien pueda murmurarte; y no permi-  
Máriendas al temor, púes te desea [tas  
Lo mismo que agraviada solicitas,  
Agradecido un rey.

DIANA.  
Tales favores  
Aun no me dejan sombras de temores.  
(Vase.)

RICARDO.  
¿Qué dices! Dame esos brazos.

TURPIN.  
Cuando del bien que codicias  
Te he dado nuevas, albricias  
Esperaba, que no abrazos.

RICARDO.  
Esta piedra, en quien vencido  
(Dale una sortija.)  
Se ve el farol celestial,  
No es premio, sino señal  
De mi pecho agradecido.

TURPIN.  
Esto han de hacer los amantes  
Para hacer hablar los mudos;  
Que escudos vencen escudos,  
Diamantes labran diamantes.  
¿Qué secreto, qué misterio  
No sabrás con medio igual,  
Si la mano liberal  
Tiene en las almas imperio?

RICARDO.  
En fin, ¿que se han dilatado  
Las bodas?

TURPIN.  
Y aun yo sospecho  
Que del todo se han deshecho,  
Segun vi desesperado  
A Policiano ofendido  
Querrellarse de Dion.

RICARDO.  
Segun eso la ocasion  
Mi esperanza no ha perdido.

TURPIN.  
No la ha perdido; mas creo  
Que la vendrás á perder;  
Que quien no sabe emprender,  
Nunca logra su deseo.  
Callando ¿quién persuadió?  
¿Quién venció sin intentar?  
¿Quién obligó sin rogar?  
¿Quién sin pedir alcanzó?  
Aun con los dioses, que entienden  
Las humanas intenciones,  
A fuerza de peticiones  
Negocian los que pretenden;  
Y al fin, para concluir,  
Oye una comparacion:  
Al tribunal del leon  
Llegó una oveja á pedir  
Justicia de un carnicero  
Lobo, que un hijo le habia  
Muerto, de dos que tenia;  
Y con el otro cordero  
Que vivo quedó, postrada,  
Por dale más compasion,  
Ante los piés del leon,  
Calló un rato, ó bien turbada,  
Ó bien por encarecer  
Desta suerte de su mal  
El extremo; que es señal  
De gran pena enmudecer.  
Estaba hambriento el leon,  
Y como calló la oveja,  
O no previno su queja,  
O no quiso su intencion  
Entender; hizose bobo,  
Y fingiendo que pensaba  
Que el cordero le endonaba,  
Hizo lo mismo que el lobo.

La oveja, con agonía  
Balando, empezó al momento  
A declararle el intento  
Con que allí venido habia;  
Mas él dijo: «No negaras  
Tanto la voz á los labios:  
Si era contar tus agravios  
Tu fin, al punto empezaras,  
Hablando, á informarme dellos;  
Que en esto de corazones  
Sabemos más los leones

De comellos que entendellos.»  
Pienso que la fabulilla  
Viene á pelo. Habla á Dion,  
Dile á tiempo tu intencion;  
Que es cierto que con decilla  
A ocasion y con instancia  
Harás que tema tus quejas,  
Pues al menos no le dejas  
La excusa de la ignorancia.

RICARDO.  
Bien dices; pero querria  
Hablar á Aurora primero;  
Porque declarar no quiero  
Sin su voluntad la mia.

TURPIN.  
A mi tambien me contenta,  
Ricardo, ese parecer;  
Que es vano trabajo hacer  
Sin la huésped la cuenta.  
Ella sale, hablalla puedes.

RICARDO.  
Y su padre ¿dónde está?

TURPIN.  
Si vienes resuelto ya  
A pedirsela, ¿qué excedes  
En hablalla y pretendella?

RICARDO.  
Al fin, pues tengo ocasion,  
Me he de arriesgar con Dion,  
Por declararme con ella.

(Vase Turpin.)  
ESCENA V.  
AURORA. — RICARDO.

AURORA.  
¿Quién está aquí?

RICARDO.  
Aurora hermosa,  
No os retiréis: aguardad,  
Y de cortés escuchad,  
Si no escucháis de piadosa.  
Lo que la suerte dichosa  
Pródigamente me ha dado,  
No lo niegue recatado,  
Señora, vuestro desden;  
Advertid que el sol tambien  
Sale para el desdichado.

AURORA.  
Ricardo, hallaros aquí  
Sin haberme prevenido,  
La justa ocasion ha sido  
De haberme extrañado así;  
Y vos sin razon de mi  
En esto os habeis quejado;  
Que si á verme habeis llegado,  
Siendo eso lo que intentáis,  
Más de atrevido ganais,  
Que perdes de desdichado.

RICARDO.  
¿Cuán cierto me prometiera,  
Aurora bella, el perdon,  
A ser lengua el corazon  
Que mis males os dijera!  
¿Cuán dichoso fin tuviera  
La desventura que siento,  
Si supiera mi tormento,  
Siendo tantos sus rigores,  
Deciros cuántos temores  
Me cuesta este atrevimiento!  
Mientras del mar enojado  
Y del viento á la violencia  
Se opone la resistencia  
De la vela y el costado,  
Duerme en su esfera el cuidado;  
Mas en llegando á faltar  
La esperanza de salvar

La vida en el roto leño,  
Rompen las voces el sueño,  
Los brazos hienden el mar.  
Sepultado del volcan  
En las hondas cavidades,  
Sus ardientes calidades  
Disimula el alquitran;  
Pero si fuego le dan,  
Rompe los profundos senos,  
Y los elementos, llenos  
De su furia, se estremecen,  
Nubes y rayos parecen  
Las cenizas y los truenos.  
Yo, en mi esperanza embarcado,  
El mar de amor discurria,  
Y la materia escondia  
De mi incendio mi cuidado;  
Mas ya los celos han dado  
Fuego al alma, y el dolor  
De perder mi bien mayor  
Me anega, y á mi despecho  
Revienta la mina el pecho,  
Se arroja al agua el amor.  
Que viendo ya mis intentos  
Malogrados, dueño hermoso,  
Rompe el silencio medroso  
En voces y atrevimientos.  
Con mil mudos pensamientos  
Sin fruto vuestros despojos  
Adoré; y ya mis enojos  
A la lengua escucharéis,  
Señora, pues que os haceis  
Desentendida á los ojos.  
Como busca el ciervo herido  
La fuente, y á sus cristales  
Les restituye en corales  
Lo que en perlas ha debido;  
Así yo, Aurora, he venido,  
De amor herido, á buscaros,  
Por ver si puedo obligaros  
A remediar mis enojos,  
Pagando en llorar los ojos  
Lo que os deben en miraros.  
Tened piedad desta vida  
Que sola vos informais:  
Si enamorada os negais,  
No os negueis agradecida.  
Permitidme, condolido,  
Que os pueda á Dion pedir;  
Que en negar ó en permitir  
Solo estriba, dueño hermoso,  
O atreverme venturoso,  
O desdichado morir.

AURORA. (Ap.)  
Ni mi padre ha de querer,  
Ni el Rey licencia ha de dar:  
Pues ¿qué arriesgo en no negar?  
¿Qué pierdo en agradecer?  
Y cuando venga á tener  
Efecto el dalle la mano,  
¿Amante esposo no gano,  
Contado entre los mas buenos,  
Que á mis ojos por lo menos  
Es mejor que Policiano?  
Algun tiempo sus intentos  
¿No hallaron en mis cuidados  
Si no gustos declarados,  
Agradados pensamientos?  
Si se llevaron los vientos  
La esperanza tan en flor  
Que vió en Filipo mi amor,  
Desengañada, ¿qué aguardo?  
Dé la verdad á Ricardo  
Lo que le quitó el error.

RICARDO.  
Mucho me dais que temer:  
Ya llevo á desconfiar;  
Que es indicio de negar  
El tardarse en conceder.

AURORA.  
Ricardo, no puedeser

El pecho que es noble, ingrato;  
Y del amoroso trato  
Conocida la verdad,  
Ocultar la voluntad  
Más es crueldad que recato.  
La suspension en mirar,  
Mil veces vuestros enojos  
Me ha dicho; que por los ojos  
Sabe el corazon hablar.  
No os ha dañado el callar;  
Antes en mi pensamiento  
Adelantó vuestro intento;  
Porque en los que amantes son,  
Es sobra de estimacion  
La falta de atrevimiento.  
Y así, agora que á vengeros  
Del celoso ardor llegastes,  
Por lo que en temer ganastes,  
No perdeis en atreveros;  
Antes debo agradeceros  
El haberos declarado,  
Pues no es de haberme estimado  
Indicio menos forzoso  
El atreveros celoso,  
Que el temer enamorado.  
Y así, os doy para tratar  
Esto á mi padre licencia;  
Que esto solo en mi obediencia  
Os queda por conquistar.  
Si lo llegais á obligar,  
Dad por hecho el casamiento;  
Mas si á vuestro pensamiento  
Reducirlo no podeis,  
Vuestra suerte culpáreis,  
Y no mi agradecimiento. (Vase)

## ESCENA VI.

RICARDO ;despues, TURPIN.

RICARDO.  
¿Qué imperio puede tener  
Ya de la suerte el rigor  
En quien tan alto favor  
Ha llegado á merecer?  
No me queda qué temer;  
Que pues me has favorecido,  
Aunque llegue á ver perdido  
El bien que agora alcancé,  
Al menos no perderé  
El haberlo conseguido.

(Sale Turpin.)

TURPIN.  
Pues ¿qué tenemos? ¿Venciste?

RICARDO.  
Mi bien puedes celebrar.

TURPIN.  
En albricias te he de dar  
La sortija que me diste.

(Acomete á dalle la sortija.)

TÓMALA.

RICARDO.  
Bien las pediste,  
Yo te las debo.

TURPIN.  
Si eres  
Tú tan liberal, que infieres  
Lo que no pensó Turpin,  
No replico, porque al fin  
Ha de ser lo que quisieres.  
Mas aquí viene Dion;  
Y pues hoy con tal ventura  
Has comenzado, procura  
No perder esta ocasion.

RICARDO.  
Agora mi pretension,  
De Aurora favorecido,  
Le diré más atrevido.

## ESCENA VII.

DION. — Dichos.

DION.  
¿Ricardo amigo!

RICARDO.  
A buscaros,  
Noble Dion, para hablaros  
En un negocio he venido.

DION.  
Prevencciones excusad,  
Si acaso estáis satisfecho  
De la amistad de mi pecho.

RICARDO.  
Pues dais licencia, escuchad.

(Hablan bajo.)

TURPIN. (Ap.)  
Mal haya, dijo un juglar,  
De buen gusto y gracias lleno,  
Quien tiene dinero ajeno  
Y se acuesta sin cenar!  
Y el que quiere ser esponja  
De algun señor, ¿haya mal,  
Si no lo hace liberal  
A costa de una lisonja!  
Y ¡mal haya el que perdió  
La ocasion de enriquecer,  
Teniendo hermana ó mujer  
O hija hermosa! Aquí entro yo.  
Cubra el siciliano suelo  
De amantes de Aurora amor;  
Que á todosigual favor  
He de vender, ya que el cielo  
Dueño tan bello me dió;  
Porque nos hemos de hallar,  
Si el tiempo deo pasar,  
Ella vieja y pobre yo. (Vase.)

ESCENA VIII.  
DION, RICARDO.

DION.  
Cuando más exagereis  
Vuestros méritos conmigo,  
Lo menos, Ricardo amigo,  
De lo que sé no diréis:  
Y así mi conocimiento  
Culpa vuestras prevencciones,  
Si multiplicais razones  
Para esforzar vuestro intento.  
(Ap. Mas ¿ay de mí! la ocasion  
Es esta de examinar  
Su lealtad, y ejecutar  
De Dionisio la intencion.  
Fingir un agravio intento  
Con que la pueda cumplir,  
Como tambien excluir  
De Ricardo el pensamiento.  
Que Aurora dió la ocasion  
A esta plática, y Aurora  
Ha de dar tambien agora  
La materia á mi ficcion.)

RICARDO.  
¿Qué os suspendeis? Si la mano  
Me impide de Aurora bella  
Haber tratado con ella  
Casamiento á Policiano,  
Advertid...

DION.  
Ricardo, no;  
Que puesto que aun no está hecho,  
Y teneis mejor derecho,  
Pues á nadie estimo yo  
Tanto como á vos, no es eso  
Lo que impedimento os hace;  
De más grave causa nace  
Nuestro daño; y os confieso  
Que es tan en agravio mio,

## ESCENA XI.

AURORA, CAMILA.—FILIPO.

CAMILA. (Ap. á su ama.)  
Oye un pensamiento mio.

AURORA.  
Di.

CAMILA.  
¿No debes recelar,  
Si llega á desconfiar  
De tu amor el Rey, tu tío,  
Que viendo su intento vano,  
De parecer mudará,  
Y sin fruto no querrá  
Ofender á Policiano?  
Y en dejando de impedir  
Que te dé la mano, quedas  
Sin excusa con que puedas  
A tu padre resistir.

AURORA.  
Claro está.

CAMILA.  
Pues si tu amor  
No se inclina á Policiano,  
Muestra al Rey el pecho humano,  
Y con fingido favor  
Anima su pensamiento;  
Y pues así no lo alcanza,  
Conservando su esperanza,  
Conserva el impedimento.

AURORA.  
Consejo es bien advertido.

CAMILA.  
Sal pues; que Filipo espera. (Vase.)

## ESCENA XII.

AURORA; FILIPO, retirado.

AURORA. (Ap.)  
¿Oh si tan dichosa fuera,  
Que no me hubiera mentido  
El pensamiento primero!  
¿Cuán gustosa le escuchara,  
Si amante me deseara,  
Y no me hablara tercero!  
(Llégase Filipo á Aurora.)

FILIPO.  
Aunque recelar debía,  
Bella Aurora, escarmentado  
De vuestro rigor pasado,  
Que os enoje mi porfia,  
No os admireis de que sea  
Importuno mensajero,  
Donde, pues os ve el tercero,  
Más que el amante granjea;  
Si bien puedo colegir  
Mudanza en vuestra crueldad;  
Que es indicio de piedad  
Haberme querido oír.  
Segunda vez me ha mandado  
El Rey, señora, que os diga  
Del fuego que le fatiga  
El sollicito cuidado,  
Y que le deis para hablaros  
Licencia; que no es menor  
De enojaros el temor  
Que la gloria de miraros.  
Y que advertiais que no hay cosa,  
Si no mudais parecer,  
Imposible á su poder,  
O á su amor dificultosa.  
Perdonadme, si os parece  
Que en deciroslo os ofendo;  
Que quien yerra obedeciendo,  
Errando no desmerece.

AURORA.  
Filipo, no sé qué os diga.

FILIPO. (Ap.)  
Yo sí sé qué me digais:  
Que ya del Rey, pues dudais,  
Estáis ménos enemiga.  
No me diréis declarada  
Más que me decis dudosa,  
Pues es respuesta piadosa  
No responder enojada.

AURORA.  
Ni es injuria ser querida,  
Ni permite la razon  
No pagar la obligacion,  
Si no amante, agradecida.  
Ser amada es natural  
Lisonja, y nunca se ve  
Que á nadie, aunque mal le esté,  
Sepa la lisonja mal.  
Y así, aunque al lance primero  
Respondi con pecho airado,  
No os espante que haya obrado  
El cuidado lisonjero  
Mudanza en mi, conociendo  
Que no es ofender amar,  
Y que no es justo pagar  
A quien ama, aborreciendo.

FILIPO. (Ap.)  
¿Ay de mí! Perdido soy.

AURORA.  
Mas ¡por qué busco razones,  
Filipo, y satisfaciones  
Tan dilatadas os doy,  
Y me disculpo al hacer  
Lo que venis á rogar?  
Disculpas pide el negar,  
No las pide el conceder.  
Al Rey le decid...

FILIPO. (Ap.)  
¿Ay cielos!

AURORA.  
Que le pago.

FILIPO.  
¿Qué decis?

AURORA.  
Parece que lo sentis.

FILIPO.  
(Ap. No saben callar los celos.)  
No, señora. (Ap. Muerto soy.)  
Antes el gusto de ver  
El que el Rey ha de tener  
Si tales nuevas le doy,  
Causa el efecto que veis.

AURORA.  
(Ap. ¿De gusto mudais color?  
No: yo os haré que al rigor  
Del tormento confeseis.)  
Pues porque le deis cumplido  
El contento, y le tengais  
(Pues lo que el suyo estimais  
Tanto habeis encarecido),  
Decilde, no solamente  
Que le estoy agradecida,  
Pero tan ciega y rendida  
Al amoroso accidente,  
Que esta noche ha de lograr  
La licencia.

FILIPO.  
¿Qué decis?

AURORA.  
Parece que lo sentis.

FILIPO. (Ap.)  
No puedo disimular.  
Partiré sin hablalla;  
Que tan en los labios siento  
La furia de mi tormento,  
Que no podré refrenalla  
Si los abro, y aun sospecho,  
Segun el mal me atormenta,

AURORA.  
Filipo, no sé qué os diga.